

solidarse y aun irse extendiendo sin que llegasen á saberlo los profanos. Al fin, el obispo nestoriano Mar-Isaías descubrió el misterio; y abriéndole los ojos el feliz cambio efectuado en su pueblo, marcha á Akaltrike en la Georgia á hacer su abjuración ante los misioneros católicos, y en seguida se vuelve á Khosrova para convertir á sus demas ovejas. El patriarca de Mossul, al saber tan fausta noticia, le envió algunos dominicos, cuyas instrucciones ilustraron y afirmaron á aquellos nuevos hermanos. El sucesor de Mar-Isaías, Juan Guriel, educado en el colegio de Propaganda, llevó de este centro glorioso del catolicismo la ciencia de la fé que habia recobrado y á su vez pasó á propagarla á los pueblos inmediatos. Por su celo fué reconquistada Pataura, que dista poco de Khosrova, y esta sociedad va todavía aumentando todos los dias, merced á la pastoral actividad de Mons. Mar Miguel, discípulo, como el otro, de la Proganda, que últimamente acaba de ser promovido á la importante dignidad de patriarca de los caldeos.

Desde Khosrova se extendió el catolicismo al adyacente pais de Ourmi. Asustada con su aparición la secta nestoriana, apeló cobardemente al fanatismo turco para ver de espulsarle. Veinte años hace que todavía habria espuesto su vida un católico dando algunas señales exteriores de su fé. Los nestorianos imputaban á los católicos los mas groseros errores, entre otros el de la idolatría, palabra mágica, por decirlo así, para alarmar á una conciencia musulmana; y lo que con eso querian decir era que los católicos reconocian la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

A propósito de esto se refiere que los mollahs, acosados por los falsos testimonios de los nestorianos, y queriendo asegurarse de la exactitud de sus asertos, citaron un dia á su presencia á los ministros de las dos comuniones. Este extraño concilio se inauguró leyén-

dose una Memoria de un obispo, que concluía rogando á los jueces proscribiesen á los católicos, esos *idólatras* condenados en cada versículo del Coran. Luego que el obispo concluyó esta su caritativa arenga, uno de los tres pobres sacerdotes católicos, que componian todo el partido de los ortodoxos, habló en los siguientes términos con su simple buen sentido: «Respetables mollahs, puesto que se invoca la autoridad del libro de vuestro profeta, voy á probaros que nosotros observamos mejor su letra que nuestros adversarios. En efecto, ¿no se dice en él que el *Torah* (ó los libros de Moises), los *Salmos* y el *Evangelio* son los otros tres libros revelados?—Ciertamente, respondieron los mollahs.—Pues siendo así, es menester creer las verdades que nos enseñan. Ahora bien: el *Evangelio* afirma en cien pasages que nuestro Señor Jesucristo es el Hijo encarnado de Dios.» Y diciendo estas palabras, leyó é interpretó algunos de los pasages mas notables. Los mollahs, que seguramente no esperaban un razonamiento tan concluyente, preguntaron á los nestorianos si los textos habian sido fielmente interpretados, y habiendo contestado que sí, añadieron: «Esos hombres tienen razón, vosotros sois los culpables por no haberos convertido ya al islamismo, puesto que pretendéis que pensais como nosotros. Así pues en castigo recibireis palos (la bastonada).» Y esta sentencia se ejecutó inmediatamente.

El jefe de los teólogos católicos era un buen sacerdote, convertido por el obispo de Diarbekir. Llamábase Jehu, transcripción caldea de la palabra Jesus, que se da en el bautismo sin temor de profanarle, así como entre nosotros el nombre de Manuel. Hacia algunos años que habia ganado al presbítero Nebbia, el cual, renunciando al nestorianismo, habia venido á ser un celoso pastor. Nebbia estaba casado, según costumbre de los nestorianos,

cuando fué revestido de la dignidad sacerdotal, y era padre de una familia numerosa. Como sus virtudes y su bondadoso carácter le conciliaban la estimación de aquellos mismos, cuyos errores habia abandonado, un sacerdote de entre estos fué á pedirle la mano de su hija. Concediósele Nebbia, y hasta despues de celebrado el contrato no advirtió que se habia precipitado autorizando semejante enlace sin el consentimiento de su obispo. Agitado por los remordimientos de su conciencia, partió en seguida para Khosrova, donde entonces residia Mons. Juan Guriel. Este, que era el prelado y que ya tenia noticia del hecho, le recibió como á un culpable; pero Nebbia oyó en silencio y con muestras de arrepentimiento sus repreensiones, y pidió como una gracia á su obispo que en penitencia le permitiese ir á cumplir con los deberes de su ministerio en el pueblo de Nuilli, á la sazón asolado por la peste. Fué allí efectivamente, y despues de haber conseguido algunas interesantes conversiones, sucumbió al cabo de algunas semanas víctima y mártir de la caridad. Este sacrificio expiatorio atrajo las bendiciones del cielo sobre su hija, que habia sido la ocasión de ello; pues perseverando ella con admirable firmeza en la ortodoxia, impedía á su marido celebrar según el rito nestoriano, diciéndole: «¿A qué decir misa? ¿Es posible la misa sin tener fé en la divinidad de nuestro Salvador?» Queriendo los habitantes de su pueblo obligarla á ir á orar á su iglesia, les respondió: «Yo no pondré los piés en ella ínterin mi marido no celebre verdaderamente el divino sacrificio: por otra parte, es una regla establecida entre nosotros que si uno de los individuos de la familia es católico, todos los demas deben imitarle.» Y ella ha justificado la verdad de esta máxima; porque aquellos once hijos han ido siendo sucesivamente los jefes de once familias católicas y tuvo el consuelo de que al fin

su mismo marido abrazase las mismas convicciones. Este sacerdote, conocido con el nombre de Youssoup ó José, era el tercer individuo del concilio. Su fé sufrió muchas y muy duras pruebas de parte de los nestorianos que querian vengarse de él por haberse hecho católico; para lo cual recurrían á la intervención de los musulmanes; y los dos sacerdotes, Youssoup y Nebbia fueron condenados muchas veces á multas injustas. Tambien sufrían en comun la pena de la bastonada ó paliza, que les dieron con tanta crueldad que les hicieron saltar las uñas de los piés. Estos dignos confesores se estimaban felices en sufrir persecución por la justicia y miraban como una amplia indemnización de esto el consuelo que experimentaban al ver cómo se iba aumentando el número de su grey.

Un dia en que Youssoup iba hácia Ourmi para visitar un enfermo, se encuentra con un sacerdote nestoriano, acompañado de dos musulmanes, en el gran puente de ladrillos encarnados inmediato á los huertos de la ciudad. El sacerdote nestoriano le detiene y dice á los turcos: «Aquí teneis uno de los hombres que creen y predicán que Jesucristo es Dios. Castiguémosle pues por su idolatría.» Cojéle entonces y le empujan á la barandilla del puente, amenazándole con tirarle al rio si confiesa la divinidad del Salvador. Era esto en la primavera, cuando el rio, que era el Naslou, engrosado con las nieves derretidas de las montañas, iba muy caudaloso. Mas no por ese se intimida Youssoup; confiesa valerosamente la divinidad de Jesucristo, y es arrojado al rio. No sabia nadar; pero se esforzó con tal éxito que la corriente le arrastró á la orilla. Cuantas veces asomaba la cabeza sobre el agua, sacaba la mano y como si estuviera dando una deposición jurídica, la levantaba al par que la voz y decía muy alto: «Sí, es Dios. Sí, es Dios.» Palabras que iba pronunciando

al verse llevado por las olas á la orilla. Los dos turcos, que se estaban quietos en el pueate, le estaban mirando fijamente para ver qué era de él. Admirados al ver que salía salvo, la emprendieron con el sacerdote nestoriano y le pegaron en grande, indignados de que los hubiese impelido á cometer un acto tan inhumano como fué tirar al otro al río, y le dijeron: «Perro de mal creyente, el Señor Jesus, es verdaderamente Dios, porque él es quien le ha salvado la vida.»

De entre los simples fieles, añade Eugenio Boré, tenemos que referir rasgos de piedad y de celo no menos edificantes. Tal es la historia del padre de Serkis que nos servia de surudji ó de guia en este viaje. Este hombre valiente habia venido al pueblo de Babari, inmediato al lago, cuya mayoría era católica. Edificado por los buenos ejemplos de aquellos habitantes, se hizo tambien católico. Poco despues regresó á Mavana, que era su pueblo, situado en la montaña al oeste de Ourmi. Animado del espíritu de proselitismo espone los principios de su acendrada fé á uno de sus parientes, el cual se decide á abjurar el nestorianismo. La prudencia los obligaba al mas riguroso sigilo; pero hallaron medio de ejecutar tan hábilmente su piadoso complot, de atraer á sí á sus demas hermanos, que ya estaba ganada la mitad del pueblo antes que el ministro nestoriano y ni aun los neófitos mismos conociesen al inocente conspirador que los habia seducido. Cuando su mayoría se halló ya en estado de desconcertar todos los planes de una oposicion intolerante, levantaron erguidamente su frente y reclamaron un pastor católico. Las prosperidades temporales ne recompensaron la abnegacion del padre de Serkis; pues como Job, tuvo que sufrir las rudas pruebas que Dios suele reservar en este mundo á sus favorecidos. Tenia cuatrocientos carneros pastando en una colina; y vienen

los curdos, caen sobre su rebaño y le roba parte de él; la que dejaron, pereció tambien de resultas de una epidemia. Cuando sus parientes trataban de consolarle, respondia: «Yo me regocijo con Dios; porque en esa hacienda habia algo injustamente adquirido, y la tribulacion purifica la falta.» Atacado no mucho despues de una enfermedad mortal, decia á los que le rodeaban en su última hora: «El cielo se ha servido de mí para hacerlos católicos; jurad aqui, por esta cruz de Dios que va á juzgarme, que jamás habrá entre vosotros apóstata alguno. Yo no os pido otro consuelo. ¿Por qué llorais? La muerte es el principio de la vida con que espero viviremos todos reunidos en el seno de Aquel que os ha dado á conocer su divinidad.»

En la ciudad de Ourmi hay una familia católica que puede llamarse el sosten y ejemplo de los fieles de toda la comarca. El gefe de la casa, polaco antiguamente emigrado, despues de haberse casado con Raquel, jóven caldea, entró al servicio del rey de Persia, llegó al grado de mayor y murió valientemente en el campo de batalla, dejando tres hijos, de los cuales los dos mayores reemplazan ya honrosamente á su padre en el ejército. Uno de ellos, llamado Sukan, cuando aun no tenia mas de diez y siete años, dió una noble respuesta al difunto rey Fet-Ali-Shah, que le instaba á que se hiciese musulman, prometiendo colmarle de mercedes. «Rey, le dijo con un aplomo digno de los primeros mártires cristianos; mi padre murió por vos; yo estoy pronto á hacer el mismo sacrificio; pero si me hablais de abandonar mi Religion, volved á tomar esta espada y empleadla contra vuestro servidor;» y diciendo esto llevaba su mano al tahali para sacarla.

Admirado el shah de tanta magananimidad, le recompensó dándole un ascenso. El valor de su ardorosa juventud le hacia ya en

aquella edad servirse de la misma espada para enderezar todos los entuertos que se cometian contra los católicos. Habiendo sabido que los nestorianos celebraban una especie de conciliábulo contra los sacerdotes católicos, entró armado en la asamblea y los amenazó con su enojo si no desistian de sus intrigas. Siendo su familia la única de entre las caldeo-persas que se haya elevado en clase de raya á la dignidad de khan, los obispos temerosos de su influencia usaron luego de moderacion.

En Ardischer hemos hallado á la viuda de las Santas Escrituras, á la muger fuerte, activa, vigilante, resignada en la miseria, y educando á su familia en el temor de Dios. Aunque se halló mucho tiempo sola en medio de los nestorianos antes de que el catolicismo se hubiese propagado en el pueblo, resistió valerosamente á los ataques y á las persecuciones de los que querian arrastrarla al cisma, y les decia: «Soy pobre; pero tengo la fé, que es un tesoro preferible á toda riqueza: soy débil; pero mi voluntad es fuerte y jamás cederá.» ¡Con qué alegría y sincero júbilo nos ofrecia un pan blanco y unos racimos de uvas! ¡Qué limpios, modestos y respetuosos se presentaban sus hijos á besar la mano al misionero! Verdaderamente caen sobre esta casa las bendiciones del Señor.

Los ministros protestantes han establecido en Ourmi y en las poblaciones vecinas algunas escuelas, frecuentadas por algunos niños nestorianos. Como la compañía tiene la generosidad de dar una retribucion mensual á sus discípulos, no es muy fácil decidir, si es el amor de la instruccion ó algun otro interés lo que les atrae. Los armenios y los judíos se han contentado con las biblias que se les han distribuido, sin querer esa liberal enseñanza. Tres obispos y algunos ministros nestorianos les prestan, mediante una pension, el concurso de sus servicios; pero lo que es conversiones

no han logrado ni una siquiera, segun lo hemos averiguado nosotros mismos en el pais, dice Eugenio Boré. Y lo comprendemos fácilmente; porque ¿qué culto podrian darles esos señores que han abolido hasta el de sus padres? ¿Qué creencias sustituirian á su simbolo, ellos cuya fé es no creer todo lo que la constituye?

El verano pasado, atraido un sacerdote de nuestros viejos caldeos por la fama de que los francos habian ido á dedicarse á la enseñanza de la nacion, baja de sus montañas y pasa á la ciudad de Ourmi; pero cuando se le esplica que para abrazar la nueva doctrina tiene que abjurar todo lo que cree y practica, meneala cabeza y se vuelve á sus montañas diciendo á uno de nuestros hermanos: «Habia venido á buscar apóstoles y ni siquiera he encontrado cristianos.» «¡Ah! señor, me decia con su naturalidad y sencillez una anciana caldea: tened la bondad de decidme qué es el Nuevo mundo, puesto que las gentes que de él vienen predicán una religion tan nueva.»

Los misioneros católicos tienen ya, además de los pueblos ortodoxos, mas de otros treinta pueblos que forman la diócesis de un obispo, del cual tenemos en las manos, dice Eugenio Boré, un acta escrita de su puño y sellada con su sello episcopal, por la cual se nos autoriza así para formar escuelas como para enseñar á sus ovejas. Además, ha jurado ser el primer católico de su grey. Si el dinero le hubiera parecido preferible al tesoro de la verdad, tiempo há que se habria dejado encadenar por la gratitud á la causa de esos misioneros americanos que le han colmado de dádivas, y tomándose la molestia de hacer construir á sus espensas en su casa una gran sala para escuela, que todavía está vacía, y que él nos ha cedido á nosotros, sus huéspedes, como salon de recibo. Hemos sabido que el gefe de la mision protestante, alarmado por esta benévola hospitalidad, ha vuelto despues,

á solicitar al prelado con otros argumentos muy diferentes de los de la teología y de la lógica, pero sin obtener resultado satisfactorio; que no todos los hombres tienen fuerza bastante para vender su conciencia. Él y sus fieles quieren volver á la unidad: ¿qué tiene pues de común su Iglesia con la compañía de Boston? Quiere imitar el ejemplo de los católicos que llenan ya la mitad de su pueblo y á cuyos moribundos les envía nuestros sacerdotes para que los confiesen, diciendo: «Id pues á cojer en el artículo de la muerte á los que se os han escapado durante su vida.» Apelamos al testimonio de esos hombres, de esas mugeres, y de sus hijos, que, aunque nestorianos, venían á cojer la brida de nuestro caballo y nos detenían diciendo: «Quedaos aquí: nuestras casas están á vuestra disposición y también serán vuestras vuestras almas, porque el Señor es quien os ha enviado para nuestra salvación.» Hemos prometido volver, y nos aguardan para el próximo otoño. Hé ahí lo que en 1839 escribía Eugenio Boré, al hacer un viaje científico y religioso en Oriente en compañía de un misionero católico (1).

En su *Correspondencia* se encuentran otros muchos hechos que caracterizan el estado presente de esas poblaciones lejanas, griegas, armenias y caldeas, bajo el aspecto religioso y moral. «Al volver á la ciudad (de Heráclea en el Ponto) pasamos por el barrio griego, compuesto de unas cuarenta casas, todas muy pobres. La víspera habíamos recibido la visita de un jóven sacerdote, el cual fué recibido con tanto mayor gozo cuanto que parecía enviado providencialmente para resolver nuestras dudas acerca de los vacíos que encontrábase en una inscripción que en

(1) *Correspondance et Memoires d'un voyageur en Orient*, par Eugene Boré, t. 2, p. 255 y sig.

aquel momento estábamos examinando. Pero nos dejó muy desconcertados, cuando le oímos decir que hacia poco que era sacerdote, que su primer estado fué el oficio de platero y que todos sus conocimientos en la lengua de sus padres se reducían á saber leerla, pero sin comprender su sentido. El otro teniente á quien fuimos presentados era un anciano rebajuelo y regordete, cuya barba sumamente blanca realzaba los rubicundos colores de su rostro. Preocupábase un negocio muy grave; acababa de recibir de Constantinopla un barril de aguardiente y le estaba vendiendo con utilidad á sus ovejas en el átrio de la iglesia. Su primera salutación fué ofrecernos un gran vaso, porque todos los cristianos y los turcos, pervertidos con su ejemplo, beben muy poco vino, pues lo tienen por flojo é insípido; pero en su lugar usan licores mas alcohólicos. Este vicio de la embriaguez, general é inveterado en la raza griega, la ha marcado con un signo visible de degeneración, que en un principio atribuíamos falsamente á su estado de esclavitud (1).» De aquí aparece que los papas griegos se hallan al mismo nivel que los popes rusos en punto á embrutecimiento.

Mas allá de Comana, donde murió San Juan Crisóstomo, encontraron los viajeros una población de muy diferente carácter. «En los dos meses que hacia que habíamos salido de Constantinopla, andábase errantes por las provincias septentrionales del Asia menor, sin tener el consuelo de encontrarnos con un católico; y sin embargo, esos países se distinguieron desde el origen del cristianismo por su fé precoz, por el número de sus mártires y por la sabiduría de los pastores que los gobernaban. Apenas podemos honrar con el nombre de cristianos á los restos del pueblo

(1) *Correspondance et Memoires d'un voyageur en Orient*, par Eugene Boré, t. 1, ps. 111 y 112.

griego; pero aun cuando hubieran conservado mas íntegra la religión de sus padres, no podíamos esperar de ellos esa caridad y esa franqueza que el cisma, cuyo principio es siempre el egoísmo del orgullo, ha desecado en el fondo de las almas cual un viento pernicioso. Teníamos que llegar hasta Tokat para vernos indemnizados de esta suma privación.

Esta ciudad, llamada en otro tiempo *Eudoxia*, y que en parte ha sido reconstruida con las ruinas de Comana, cuenta unos doce mil armenios, de los cuales los católicos vendrán á formar una décima parte á lo sumo; pero unidos estos con los vínculos de una dulce caridad, fortificados por la unidad de la fé, componen una pequeña nación compacta y llena de vida y con sus leyes y costumbres particulares que ellos respetan y siguen con el escrúpulo del amor propio. Jamás contraen malos casamientos, es decir, que jamás un padre dará la mano de su hija á quien no sea católico. Ellos se consideran como la aristocracia de la nación; y esto con razón, por confesión de los mismos turcos y de los demas armenios. En efecto: ellos viven con desahogo y con decoro y no se ocupan sino en las profesiones mas honrosas. Ellos tienen las mejores fortunas, relativamente al país; mas no es esta ventajosa posición ni la superioridad de sus riquezas, la causa de su preeminencia social, sino ¡cosa notable! esa preeminencia es efecto de su ortodoxia. Hé aquí cómo: á fuer de católicos saben que el centro de la vasta Iglesia de que son miembros, está en Roma, en el país de los francos, y que el carácter distintivo de su fé es vivir en comunión con el Gefe que en ella reside. Entre sus sacerdotes, los que cuentan con suficientes recursos van á la capital del mundo cristiano á aprender la teología y las demas ciencias eclesiásticas; generalmente saben latin y la mayor parte hablan el italiano. Les son

familiares las mejores obras de derecho canónico, de dogma, de moral y de controversia, y no son estraños á la ciencia histórica, así de la Iglesia como de las monarquías cristianas de Europa. Estos conocimientos despiertan naturalmente en ellos el amor al estudio y gusto á nuestra civilización y á nuestra industria. En estos conocimientos inician á sus hermanos y los van elevando insensiblemente á su altura intelectual.

El carácter de los católicos de Tokat se parece al que los primeros escritores cristianos nos trazan de la pequeña sociedad de que ellos formaban parte y que nacía bajo los auspicios del Evangelio; la misma piedad, la misma concordia, la misma rectitud de corazón, y sobre todo el mismo amor á sus hermanos estrangeros. Cuando entre ellos cundió la voz de que venían del *Frenkistan* dos católicos para visitarlos y que uno de ellos era un sacerdote misionero, su naturaleza de hospitalidad escitó entre ellos una especie de conflicto generoso, sobre quien habia de recibirnos; y cuando nosotros elegimos por suertes dónde hospedarnos, recibimos de los demas mil amorosas quejas, sugeridas por una loable emulación. Y este sentimiento fué en ellos mucho mayor cuando les manifestamos francamente cuál era el objeto principal de nuestro viaje, á saber, visitar á los católicos de Oriente, conocerlos, alentarlos y dar luego á conocer su actual situación á los de Occidente. Entonces ya no hallaban palabras bastante expresivas con que manifestarnos su gratitud, y no cesaban de decirnos: «Dios os ha enviado á nosotros para el bien y la gloria de su Iglesia.»

En efecto: el catolicismo renace con nuevo brillo en esos países, donde Dios le habia velado momentáneamente para la ejecución de sus impenetrables designios. Las cosas que hemos visto y que referiremos llenan de con-

soladora esperanza al alma. Aquí, como en Occidente, se está preparando en el tenebroso caos de los acontecimientos políticos una regeneración social. La fuerza intrínseca que pierden el islamismo y las sectas cristianas reducidas al estado de decrepitud, pasa toda entera al cuerpo de la Iglesia ortodoxa que se muestra en muchos puntos á la vez con un elemento de vida, de vigor y de unidad que solo la verdad posee (1).

En el mismo Sebaste, hoy *Sewas*, no hay mas que unas cuantas casas católicas; hay que andar una legua desde allí para encontrar las demas. El pueblo de Perknick, compuesto de ciento sesenta casas, presenta el singular fenómeno de no contener mas que católicos, en medio de un país infiel ó cismático. La época de su conversión á la verdadera fé se remonta á principios del siglo último, cuando en Tokat y en Angora se suscitaban violentas persecuciones contra los ortodoxos y el bienaventurado Goumidas moria como martir en Constantinopla. Un católico armenio, llamado Miguel, fué á establecerse en dicho pueblo. Con la regularidad de sus costumbres y con sus buenas obras se captó la estimación y confianza de los habitantes, y como era instruido y letrado, se aprovechó de esto para dirigir la educación de los niños, á los cuales fué insinuando poco á poco los principios de la ortodoxia. Habiendo muerto el encargado de la iglesia, todos pusieron los ojos en Miguel para reemplazarle, y Miguel, que creía deber llenar la misión que el Señor le encomendaba visiblemente, aceptó esta dignidad y no tardó en ganar para la Iglesia toda la grey: Perknick se hizo abiertamente católico.

Habia á la sazón entre la nación armenia

(1) *Correspondance et Memoires d'un voyageur en Orient*, par Eugene Boré, t. 2, p. 378 y sig.

un movimiento general de retorno, y esto fué lo que sirvió de ocasión para las persecuciones de que hemos hablado. Los gefes del clero armenio de Sebaste, asustados de la gloriosa conquista de Miguel, le denunciaron caritativamente al *mufti* ó gefe de la religion musulmana, y al *bajá*, acusándole de infidelidad contra el gran señor y de complot con los francos, enemigos de la Puerta. Dióse oídos á estas injustas acusaciones, y Miguel fué citado á juicio, y despues ajusticiado á la puerta de la iglesia de Sebaste, puesta bajo la protección de la Virgen María. Las últimas exhortaciones que hizo á su grey, y el holocausto de su sangre, precioso á los ojos del Señor, han derramado sobre Perknick una bendición eficaz. Nosotros hemos visto á ese pueblo inalterable en su fé. Dirígenle hábilmente tres jóvenes sacerdotes procedentes del *Monte Libano* y de bastante instrucción; á quienes vimos inspeccionando los trabajos de la construcción de una iglesia que por su solidez y su gusto sobrepusará á la de los armenios. De este pueblo han hecho como una pequeña ciudad cristiana, cuyas excelentes leyes han impreso á los habitantes un carácter de probidad que hace sean distinguidos hasta en Constantinopla.

Segun algunas conjeturas históricas, cuyas pruebas fundadas en una antigua tradición habia mostrado á Eugenio Boré Mons. Miguel, arzobispo de Cesarea, oriundo de Perknick y residente en Tokat, todos descendían de la familia de los *Pagrátides*, estirpe régia que los gobernó muchas veces. Sin embargo, no tienen el orgullo aristocrático que al menos podria parecer tolerable entre ellos, pues nosotros vimos al hermano del arzobispo pastoreando por sí mismo los innumerables rebaños de carneros que forman su única riqueza. Todos están educados en el respeto y en la mas humilde sumisión á la Santa Sede,

signo característico del verdadero católico. Jamás olvidaré, añade el sábio viajero, la impresión que en mí produjo una muger anciana, que contaba mas de cien años y vivia rodeada de cuatro generaciones de sus hijos y nietos. Cuando Mons. Scaffi, misionero de la congregación de los paules, residente en Constantinopla, y mi amado compañero de viaje, le fué anunciado como sacerdote romano, educado en Roma, la anciana, al oír este nombre venerado entre ellos, levantó los ojos y los brazos al cielo, dándole gracias por haberla concedido ver antes de su muerte á un enviado del Soberano Pontífice (1).

Lo que entorpece los progresos del catolicismo en Turquía y en Persia no es tanto la oposición de los gobiernos turco y persa, como el influjo cismático de la Rusia (2).

El mahometismo, ese protestantismo armado contra la divinidad de Cristo, confiesa él mismo su decadencia. Comienza borrando de su frente su carácter original de imperio anticristiano; quisiera ser contado entre las naciones cristianas y católicas, entre las familias vivientes de la humanidad regenerada. Desde hace ya muchos años los embajadores del vicario de Mahoma vienen por sí mismos á presentar sus homenajes al Vicario de Cristo. En 3 de noviembre de 1839 una constitución imperial del sultan proclama la emancipación de los cristianos en todos los puntos del imperio, y esta constitución se ejecuta con una franqueza que mas de una vez seria de desear en ciertas naciones cristianas. Allí se ve menos molestado y trabado el catolicismo que en no pocas ciudades y países de Europa. La gerarquía eclesiástica se desarrolla allí libre-

mente con toda la disciplina y eficacia de sus censuras; la caridad abre sus escuelas y sus hospitales sin que una policía suspicaz intervenga en ello, y todos los años nuestras procesiones triunfales, nuestros sagrados cánticos, nuestro incienso, nuestras flores y nuestra divina Eucaristía, recorren los barrios de Constantinopla, sin que á su paso haya quien no incline su frente.

En Persia sucede lo mismo que en Turquía; allí tambien se muere el mahometismo y estiende sus manos hácia la cristiandad. Aún mas que en Turquía, donde los patriarcas griegos y armenios cismáticos de Constantinopla, asustados por los progresos del catolicismo, han comprado un firmán que manda de orden de la Puerta musulmana permanecer en el cisma aun cuando la conciencia apremiase á salir de él, los cristianos en Persia gozan de una libertad espiritual desconocida aun en nuestros Estados cristianos. Esa libertad de conciencia mas bien tiene su principio en las costumbres y en el buen sentido de la nación que en una ley formal. Solo hay una escepción para los católicos. En el mes de abril de 1840 el rey ó shah de Persia espidió, á petición del embajador francés, un decreto en que se dice «que todos los católicos seguirán las leyes y preceptos de su Religion con la libertad de conciencia que Nuestra Magestad garantiza á los servidores de su corte; que tendrán facultad para edificar iglesias destinadas para su culto, de repararlas, de enterrar los muertos, de fundar colegios científicos para la educación de sus hijos, de contraer matrimonios entre ellos, y de ejercer el comercio; que poseerán con toda seguridad sus bienes, así patrimoniales, como adquiridos, si bien conformándose sobre el particular con las leyes y autoridad del país; que toda persona que les impidiere el libre ejercicio de su culto y les molestase

(1) *Correspondance et Memoires d'un voyageur en Orient*, par Eugene Boré, t. 2, p. 390 y sig.

(2) *Ibid.* t. 2, p. 84.